

R E L A T O S

A Jomi

Por *María Luisa ELIO*

● *Al principio, y sobre todo mientras estamos rodeados de los nuestros, de los que fueron antes que nosotros y nos transmitieron la tradición, nos basta la palabra que como conjuro hace surgir todo ese mundo maravilloso que fue el fondo de nuestra infancia y que explica nuestro ser, lo justifica, nos da conciencia histórica de nuestra peculiaridad individual. Basta con preguntar cualquier cosa:*

—¿La tía fulanita es la que se escapó con el carabinero?

—¡No, qué disparate! ¡Cómo se iba a escapar con un carabinero si fue la que salió del convento, siendo novicia, para casarse por poderes con aquel magistrado que volvía de Filipinas y que nunca llegó! El barco en que venía se fue a pique y la tía regresó al convento casada y sin haber conocido nunca a su marido.

—Entonces... ¿lo del carabinero?

—Fantasías de tu padre.

Y así, precisa y clara, va surgiendo la historia, que cuenta las cosas que sucedieron, nuestra historia, la de nuestra familia.

Pero llega un momento, sobre todo para los que vivimos alejados del lugar donde fuera, en que todo ese pasado es apenas un recuerdo definido que nadie puede ya aclarar. La bomba del rey, tan cercana mientras vivían nuestros padres, tan presente en nuestra infancia (que no salgan los niños. ¡La bomba, la bomba! Que no vayan al Retiro; que hoy es el día de la jura de la bandera; que hoy llegan los reyes de Italia. ¡La bomba, la bomba!) se convierte al desaparecer ellos en un hecho tan lejano como la invasión napoleónica o la batalla de Villalar. Y aunque hubiese quien lo aclarara de nada serviría, porque ya no es el relato de las cosas que sucedieron lo que interesa, sino el de las que pudieron o debieron suceder. El atentado de Morral figura con detalle en todos los manuales de historia de España, en las actas del tribunal militar que lo juzgó, en las crónicas de los periódicos de la época; pero eso no basta, lo que importa es que aquel día, si nuestra madre no se hubiese entretenido en casa, si nuestra hermana no hubiera tenido toserina, al llegar a la calle Mayor no hubiera encontrado la carrera ya cubierta y habría podido subir hasta aquel balcón del palacio de Tamames en donde a todos alcanzó la metralla; lo que importa es que si nuestro padre no hubiese sido tan distraído le habría dado la invitación que para una tribuna de los Jerónimos tenía a aquel amigo suyo, y éste, a su vez, se la habría dado al provinciano que con tanta insistencia se la pedía; y la bomba no hubiera estallado en la calle sino en la iglesia, en medio del cortejo real, entre los reyes y príncipes herederos de toda Europa.

Y estas cosas, que hubieran podido o debido suceder, son las que el escritor rescata, las que le piden ser sacadas del silencio, porque son las que le harán aparecer tal cual es; tal como no es realmente, sino como quisiera ser.

Y entonces la tía fulanita si se escapa con el carabinero, y las fantasías del padre son realidad —poesía— en el hijo.

María Luisa Elío, al recordar, salva un mundo que no fue, para poder crear ese otro mundo que no es y que, sin embargo, es el suyo verdadero.

Dice María Zambrano que escribir es defender la soledad en que se está; es una acción que sólo brota desde un aislamiento efectivo, pero desde un aislamiento comunicable en que, precisamente por la lejanía de toda cosa concreta, se hace posible un descubrimiento de relaciones entre ellas.

María Luisa Elío escribe, pues, para defender su soledad, desde un aislamiento que es doble: el de la escritora y el de la desterrada. Ojalá que esa doble lejanía le haga descubrir más cosas; así debe de ser.

Pensaba Unamuno que España estaba por descubrir y que sólo la descubrirían españoles europeizados —o americanizados, podemos añadir nosotros— puesto que de lo que se trataba entonces, cuando Unamuno lo pensaba y lo escribía —y creo que ahora el mal es más grave— era de abrir las fronteras para que entrase aire fresco y despertar esas mentes “que de

puro mirarse el ombligo nacional caen en sueño hipnótico y contemplan la nada”.

María Luisa Elío, desde América, comienza a descubrir su España rescatando en el recuerdo lo que debiera ser, lo que en esencia es.

Quizá un día podamos entre todos descubrir su rostro vivo.

Diego DE MESA

EL RETRATO

NO CONOCÍ a mis tías hasta los diecisiete años en que fui a pasar una semana de vacaciones a su casa. Tía Josefa y tía María. Al hablar de tía María siempre bajaban la voz. También las recuerdo en una foto que estaba en casa. Cuando yo era pequeña las llamaba “la señora y su hija”. Más tarde supe que eran hermanas. Aquella semana en que me fui al campo me hicieron dos recomendaciones: sé cariñosa y sobre todo sé discreta. Tomé el tren haciéndome grandes historias sobre lo extrañas que debían de ser estas dos señoras y con estas ideas en la cabeza llegue a su casa.

La casa es agradable y alegre, para llegar a ella paso por un jardín tranquilo. Hay un grupo de árboles, higueras, acacias y al fondo unos rosales. Una puerta de cristales, abierta, da al jardín. Entro y ahí están ellas. Tía Josefa es gruesa y al hablar grita un poco. Tía María es delgada y alta, lo que recuerdo mejor de ella son sus manos. Siéntate hija. Y mientras merendamos me encuentro como en casa. Las dos son buenas y cariñosas, aunque tía María habla poco.

Estoy en mi cuarto descansando y dándome un buen baño para bajar a cenar. Yo misma me río pensando en las historias que me hice en el tren y aun bajo las escaleras sonriendo y ceno sonriendo mientras las miro y me dan ganas de contarles todo. Pero me da vergüenza y callo.

Hoy el día ha amanecido precioso, me pongo una falda y una blusa y corro al jardín. Daré un paseo antes de desayunar. La hierba aún está húmeda y el sol ya quema en los brazos, es agradable andar rápido y que el campo vaya penetrando en el cuerpo. Bajo los árboles tía María está sentada. Tía María lleva un grueso abrigo de piel, botines de nieve, guantes cafés de lana y un sombrero de fieltro cubre su cabeza. Tía María tiene la cara cubierta en sudor. Buenos días tía María. Y sonriendo me da las buenas noches. Fuera de esto todo el día ha pasado normalmente y a la hora de comer tía María llevaba ya un traje azul de seda. Me he quedado más tranquila. Pero por la noche me vuelve su figura en el banco y no puedo dormir.

Hoy hemos ido a misa y más tarde hemos dado un paseo en coche, ha sido un día muy agradable. Los días que le han seguido han sido igualmente gratos. Lo único que noto es que tía María confunde mucho el tiempo. La conversación de esta noche me ha sorprendido un poco. Tía María explicaba a su hermana como era su traje de primera comunión, y a quien pensaba ella invitar en este día, y tía Josefa le ha seguido la conversación y hasta le ha discutido que no le gustaban algunos de sus invitados. Como no me han explicado nada pienso si será un juego de las dos. De todas formas mañana vuelvo a casa así es que no quiero pensar mucho en esto y dormir bien.

Me han puesto en una cesta unos higos, y fresas en otra. Ya sentada en el coche asomo la cabeza para despedirme. Tía Josefa se acerca y me da un gran beso. Tía María me sonríe y me alarga un paquetito envuelto en papel de china con una cinta alrededor. “Se lo das por favor es una foto”. Tía María ¿a quién? Pero tampoco me atrevo a preguntar.

Ya en el tren no puedo menos de abrir el paquete. Es un marco redondo, dorado y vacío. Al llegar a casa se lo entrego a mis padres. Es una foto de tía María con su traje azul. Y mi padre se enfada. “Esta hija mía lo pierde todo”.

EL BOTON

LLEVABA mucho tiempo buscando en los cajones. Era aquel botón lo que había perdido? Al levantarse por la mañana se lavaba las manos y aún antes de desayunar ya estaba buscando. Empezaremos por los cajones del cuarto.

La tela que sobró de la blusa azul, estos calcetines —algún día los coseré— la piedra que se cayó de la pulsera este estuche de gafas era de mamá pero el botón donde estará el botón estos hilos revueltos que cambian de sitio cada día una pastilla de café con leche —pastillas de café con leche “La Cafetera” Pamplona Navarra y esta piedra— una cinta blanca y una hoja: muchas felicidades amor...

qué miedo me da ese botón. Ahora en la cesta, en la cesta grande de los papeles —cincuenta de pan tres pesos de queso dos aguas minerales cómo hacer dulce de membrillo cantidades comprar tela cortina. Y el botón? es un botón blanco nacarado es un botón que hay que encontrar. Veré en el cajón de las sábanas, si éste está muy ordenado aquí las grandes aquí las chicas y las fundas esta de lino... esta de lino tiene los primeros sueños aquellos hombres altos que se escondían detrás del sillón y el día del catarro con Alicia en el País de las Maravillas y tiene aquellos miedos aquellos miedos tan grandes que se metían en la cama y ese tengo miedo dicho tan bajo con el que uno se dormía, aquí tampoco está el botón. En la vieja maleta de las fotos: este señor y esta señora que no eran papá y mamá este señor y esta señora son papá y mamá, qué sol hacía, te acuerdas de la fuente? y te acuerdas del enano Saturninico? perdiste la chaqueta después de beber agua, que cara más triste... veraneo, las niñas pescando en el río, Comandancia de Elizondo 1936, Guerra civil española

estoy sentada en una piedra mirándolo. Tiene una barba negra y es alto (no puedo menos de pensar en el Conde de Montecristo) hay muchos niños alrededor que hacen bolas con piedras y papel de periódico y se las tiran. El sonrío, quisiera acercarme y tocarlo pero no me atrevo. Sabrá que mi madre mis hermanas y yo, sabrá que papá, sabrá? Por qué me sonrío, por qué no ha dejado de mirarme y me sonrío? Se ha ido la luz y aún no ha dejado de mirarme. Hasta mañana



hombre de las barbas. Hoy he ido a verle. Mi amigo ya no está. Lo han matado.

y el botón, donde está? Donde está todo? Recuerdo de la primera Comuni3n, tía Enriqueta y tío Rafael que nos traían juguetes de París papá vestido de marinero parece Carmenhu África en el Pardo Carmen 1915 primer baile, tío Pepe, y por qué yo no conozco al tío Pepe? tío Pepe murió joven hija, papá con bast3n mamá con un manguito blanco las niñas en Barañain y el botón donde estará el botón...

Si pudiera estar sola muchos meses y buscarlo. Si lo encontrara. Lo pondría en mi mano en mi mano izquierda que taparía muy suavemente con la derecha y me sentaría a llorar.

